

# “De lombrices, cachorros y pollos con pene”

*Psic. Cristina Zabalegui*



*La primavera. Erté.*

*Psic. Cristina Zabalegui  
Zubillaga 1115/202  
Tel. 79 99 22*



---

## Resumen

*En el acápite de esta nota cito una frase de Mauricio Abadi: "La sexualidad infantil no es la sexualidad del niño". La sexualidad humana, de alguna manera, es siempre "infantil" por cuanto lleva en sí la memoria (inconsciente) del erotismo del "perverso polimorfo", como le gusta decir a Freud, refiriéndose al niño.*

*Partiendo, entonces, de aquella afirmación, me propuse cotejar material de las sesiones psicoterapéuticas de una mujer de 28 años con fragmentos de diferentes escritos de Freud referentes al desarrollo psicosexual y, particularmente, a la envidia del pene en la niña, punto polémico de la teoría freudiana. El discurso de esta paciente me pareció demostrativo de cómo la niña, con sus fantasías, ha permanecido intacta dentro de la mujer adulta.*

## Summary

*In a paragraph of this note I quote a phrase of Mauricio Abadi: "Infant sexuality is not sexuality of the child". Human sexuality, in a certain way, is always "infantile" as it entails the memory (unconscious) of the erotism of the "evil polymorphous", as Freud likes to say when he refers to children.*

*Taking this statement as starting point, I compared some material of the psychotherapeutic sessions of a 28 year old woman with fragments of Freud's different writings related to psychosexual development and, particularly, to the girl's envy of the penis, a controversial subject of Freud's theory. The words of this patient seemed to demonstrate that the girl, with her fantasies, has remained intact inside the adult woman.*



*"De lombrices, cachorros y pollos con pene"*

«La sexualidad infantil no es la sexualidad del niño»

**Mauricio Abadi:**

(«El malentendido acerca de la sexualidad infantil»).

«Estoy en desacuerdo con Freud. No encuentro que la envidia del pene sea exclusiva de las mujeres».

**Woody Allen**

«El otro día pensaba que me había apresurado a casarme y pensaba en usted, en mi envidia de la mujer soltera, independiente. Es como si envidiara la situación de las mujeres solas... Creo que yo quisiera estar sola... (silencio).»

“De lombrices, cachorros y pollos con pene”

«Muy diversos son los efectos del complejo de castración en la mujer. Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esta situación desagradable. De esta actitud bi-escindida derivan tres orientaciones del desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clitoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada. La esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital y la fantasía de ser, a pesar de todo, un varón, sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados periodos. (...) Solo una tercera evolución, bastante compleja, conduce en definitiva a la actitud femenina normal, en la que toma al padre como objeto y alcanza así la forma femenina del complejo de Edipo”.

(Freud, 1931) (6).

El primer párrafo es parte del discurso de Ana, una paciente de 34 años, que inició tratamiento hace cuatro, por el motivo

manifiesto de ciertas dificultades de adaptación a cambios acaecidos en su vida: un segundo matrimonio y la convivencia implícita, además de un cambio de residencia.

Tiene un hijo de 8 años nacido de su matrimonio anterior, matrimonio que se realizó al quedar ella embarazada y que se disolvió sin que la pareja conviviera nunca.

Es la mayor de tres hermanos; le siguen una mujer y un varón.

Su madre quedó embarazada de ella siendo soltera. El padre no vivía en la misma ciudad. Ana vivió tres años exclusivamente con su madre. Visitaban al padre de vez en cuando. Ante un nuevo embarazo, los padres se casan y comienzan a vivir los tres juntos.

En esta nota me he propuesto únicamente cotejar el material clínico aportado por una paciente, con algunas teorizaciones de Freud acerca de la sexualidad infantil y, más específicamente, de la sexualidad femenina. Quisiera destacar aquí dos aspectos:

- las fantasías de la niña perviven, a menudo, intactas en la psiquis de la mujer adulta;
- la sexualidad infantil no es únicamente la sexualidad del niño, sino también la del adulto.

De la infancia de Ana destaco el largo período de convivencia en cohabitación y también en colecho con la figura materna, mujer que ella describe como dominante, sexualmente reprimida y represora, manipuladora (manipulación consistente en hacer escenas de llanto y fingir ahogos y desmayos con el fin de lograr lo que quiere). Recuerda cuan a menudo oía a su madre quejarse de su condición femenina: *«las mujeres somos desgraciadas», «las mujeres llevamos siempre la peor parte»*.

Luego de nacido su hijo, Ana siguió viviendo con sus padres. Tuvo grandes conflictos con su madre por diferencias en cuanto a la forma como el niño debía ser educado; sentía que la madre le arrebatava el rol. El padre se ubicaba del lado de la madre. Ana sentía y siente a ambos como personas intrusivas, no respetuosas de los demás, especialmente si son sus hijos. Durante una disputa, el padre echó a Ana de la casa; ella se sintió sola y desgraciada. Se recuerda caminando de la mano de su hijo preguntándose adónde irían. Consiguió un segundo trabajo y una



*“De lombrices, cachorros y pollos con pene”*

vivienda y pasó a vivir con su hijo en forma independiente hasta su segundo matrimonio.

Actualmente, cada vez que la familia se reúne, resurge el problema de la educación del hijo, siempre en relación a la puesta de límites. Ana no se siente capaz de enfrentar a su madre y, por lo general, acata sus decisiones, sofocando la cólera que esto le produce.

El padre aparece como una figura débil, vivido por Ana como muy ausente en su infancia. Su preferida era la hermana menor, a quien besaba y acariciaba, en tanto ella recibía de él solo las reprimendas y las palizas con el cinturón. Cree que ella ocupaba en la familia un lugar de varón: «*marimacho*», «*diablillo*». Tenía mala conducta en la escuela, pero su rendimiento era excelente.

“De lombrices, cachorros y pollos con pene”

Es muy notoria en su infancia una muy temprana e intensa erotización, asociada, por ejemplo, a la escena primaria, no presenciada pero sí atentamente oída. La masturbación fue importante, prolongándose en el período de latencia, durante el cual ella destaca también los juegos eróticos con amigas y amigos. Recuerda que su madre vigilaba especialmente este aspecto, pareciendo «*obsesionada*» por el temor de que «*algo*» ocurriera. Un día la descubrió encerrada en un ropero con un amigo, hecho que constituyó un motivo de vergüenza insoportable frente a su madre.

Con su marido tiene una relación problemática. Permanentemente se siente abandonada, no querida, desvalorizada por él. Es muy celosa y teme que él la engañe; ha llegado hasta a registrar sus bolsillos y su agenda en busca de pruebas del engaño. Por otra parte, compite con él permanentemente en el plano intelectual.

Ana pasa frecuentemente por estados depresivos, depresión que, invariablemente, presenta características narcisistas, predominando los sentimientos de minusvalía.

La relación sexual es frecuente y, según Ana, gratificante, aunque últimamente, a partir de ciertas revivencias en la terapia, dice no tener ya deseos de mantener relaciones. Ello acentúa el temor a que su marido la abandone, generando, al mismo tiempo, rabia por sentirse dependiente del amor de él.

El padre de su hijo, también casado por segunda vez, se ocupa poco del niño, limitándose casi a cumplir con la obligación económica. Hemos visto que ella tampoco solicita la presencia de esa figura paterna, prefiriendo, tal vez, que permanezca fuera de la relación entre ella y el hijo. Por otra parte, Ana interfiere también en la relación de su actual marido con su hijo, bloqueando, de alguna manera, la posibilidad de que él ejerza una función de padre. Ana, por su parte, es consciente de tener hacia su hijo sentimientos muy ambivalentes. Ella tiende a proyectar en su hijo los sentimientos de minusvalía presentes en sí misma, viéndolo también a él inferiorizado, castrado por su marido, débil frente a esa figura masculina poderosa y fálica.

La entrevista continua así:

A. - ¡Mire la asociación que hice! En Emisora del Palacio pasan una propaganda que dice: «¿Quiere Ud. un pollo?». ¿Usted sabe lo que yo oía?!!: «SI, SI TIENE PENE, SI!!». ¡Es tan evidente! ¡Yo no me daba cuenta que oía mal, que me había equivocado! Incluso le dije a S., (una amiga); «Vos sabés que en Emisora del Palacio pasan una propaganda que dice esto y esto» y me dice; «¡No me digas!». Al otro día fui al supermercado y lo vi escrito: «SI, SI TIENE TENENT, SI!», por supuesto, Pero lo increíble es que lo único que pensé fue: «Estoy cada vez más sorda. No hay mayor sordo que el que no quiere oír. Y seguí de largo sin darme cuenta».

*«Es notoria su reacción frente a las primeras impresiones de la falta de pene. Desconocen esa falta; creen ver un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio (...)» (Freud, 1923). (5)*

A. - Pensaba ahora: «por algo no quería venir» (ese día había llegado tarde).

Poco antes, al comenzar la sesión, había dicho que el día anterior se había ido enojada porque sentía que yo me ponía de parte de su marido. Dijo haberse sentido «humillada». Le señalé que tal vez su humillación tuviera que ver con eso que le pasa con el pene.



*“De lombrices, cachorros y pollos con pene”*

T.- Su rabia conmigo, «*mujer independiente*», no tendrá que ver con que cree que yo no necesito un hombre porque tengo pene, en tanto usted necesita a su marido para que le dé su pene:

A.- Sí, es exactamente así; frente a usted, humillada.

«*Con la admisión de su herida narcisista, se establece en la mujer -como cicatriz, por así decir- un sentimiento de inferioridad*». (Freud, 1925) (7).

«*El apartamiento de la madre no tiene efecto de una sola vez, pues la niña considera al principio su castración como un infortunio individual y solo paulatinamente lo va extendiendo a otras criaturas femeninas y, por último, también a la madre. El objeto de su amor era la madre fálica*». (Freud, 1932/33) (9).

“De lombrices, cachorros y pollos con pene”

De su amor y de su odio, diríamos nosotros.

A.- Se me ocurrió ahora que por algo me cuesta tanto hablar de todo esto, mi homosexualidad.

«*(...) el signo de una bisexualidad, como si el individuo no fuera hombre o mujer sino siempre ambas cosas, solo que, alternativamente, una más que otra. Se os invita, luego, a familiarizaros con la idea de que las porciones de la mezcla de lo masculino y lo femenino en el individuo están sujetas a grandes oscilaciones*». (Freud, 1932/33) (9).

A.- Si era hombre o mujer... La rabia por no tener pene. ¡Pero lo increíble es que me doy cuenta que lo que realmente sentía era que podría tener un pene que me creciera!!.

«*Ella tiene, pero todavía es chiquito; claro es que cuando sea más grande le crecerá*». (Freud, 1908) (2).

A.- Y fantaseaba que entonces yo iba a ser una mujer anormal, una mujer con pene, algo anormal... Iba a tener que desaparecer... Y ahora, ¿sabe lo que pensé?... Matarme... es como... desaparecer del mundo.



T.- Mejor muerta que sin pene.

En una sesión anterior, ante un señalamiento que aludía a la transferencia homosexual y a sus fantasías de homosexualidad decía:

A.- Ahora pienso en el cuerpo de mujer. ¿Por qué tanta atracción al mirarlo? ¿Es para saber? ¿Es porque no podía conocerme yo? ¿Qué pasaba conmigo? Es como si me quedara un vacío...

T.- ¿Un vacío?

A.- ¿Vacío? Lo primero que pensé fue útero... pero no, no le encuentro mucho sentido. Lo relaciono con vacío existencial... pero no lo conecto, ¿no? El otro día tuve un sueño. Se lo conté a mi marido. Estábamos los dos paseando y me regalaba un perro precioso, un cocker, con esas orejas grandes... suave... un cachorrito. Yo decía: «un cachorro, ¡qué extraño!», y me llamó la atención cómo jugaba, ¡cómo jugueteaba!. Venía y se me acurrucaba...

T.- Un cachorro de orejas largas, juguetón.

A.- (sonríe) No sé... (ríe) estaba pensando... No, sería demasiado alocado... ¡Pensé en un pene! Parece grotesco ¿no? Pero fue lo que tenía en mi cabeza, ¿no?

T.- ¿En su cabeza?

A.- Capaz que porque el pene estaba ahí y no donde yo creía que debía estar... Como eso de que yo creo que tengo un pene... Y estoy llegando a creer que lo tengo ahí en lugar de donde debería, abajo. Un vacío.

*«También el complejo de castración en la niña es iniciado por la visión del genital del otro sexo. La niña advierte enseguida la diferencia y -preciso es confesarlo- también su significación. Se siente en grave situación de inferioridad y manifiesta con gran frecuencia que también ella quisiera tener una cosita así y sucumbe a la envidia del pene, que dejará huellas perdurables en su evolución y en la formación de su carácter y que ni siquiera en los casos más favorables será dominada sin grave esfuerzo psíquico. El que la niña reconozca su carencia de pene no quiere decir que la acepte de buen grado. Por el*



*“De lombrices, cachorros y pollos con pene”*

“De lombrices, cachorros y pollos con pene”

*contrario, mantiene mucho tiempo el deseo de tener una cosita así; cree en la posibilidad de conseguirlo hasta una edad en la que resulta inverosímil tal creencia y aun en tiempos en los que el conocimiento de la realidad le ha hecho ya abandonar semejante deseo por irrealizable, el análisis permite demostrar que el mismo perdura en lo inconsciente y ha conservado una considerable carga de energía. El deseo de conseguir al fin el ansiado pene puede aun provocar su aportación a los motivos que impulsan a la mujer adulta a someterse al análisis; por ejemplo, la capacidad para ejercer una función intelectual demuestra muchas veces ser una variante sublimada de dicho deseo reprimido». (Freud, 1908) (2).*

Prosigue esa sesión:

A.- Debo pensar útero porque creo que, para mí, mujer es igual a fecundar y útero es goce... Esa sensación de que cada vez que estoy por menstruar quiero un hijo... He cesado en esos estados depresivos que me venían antes cada mes. Pienso que era por esa falta de pensar en goce y pensar eso por intermedio de un hijo... Se me entrevera...

T.- ¿Un hijo que fuera como un pene?

A.- ¡Claro! ¡Exacto!... Ahora, cuando hablamos de cachorro pensé en «hijo», pensé: «Tener un hijo».

T.- ¿Y ese pene en su cabeza?

A.- Hjm... No sé... Se me ocurre con algo de niña... Y también de no tan niña... Yo, de chica, jorobaba. Decía: «de la cintura para abajo soy igual a mamá; de la cintura para arriba soy igual a papá...» Qué brutal, ¿no?

*«A la peculiaridad del Psicoanálisis corresponde entonces, no tratar de describir qué es la mujer -cosa que sería para nuestra ciencia una labor impracticable- sino investigar cómo, de la disposición bisexual infantil, surge la mujer». (Freud, 1932/33) (9).*

Días más tarde, Ana abre una sesión hablando de sus senti-

mientos de minusvalía; de lo que ella siente como su *«fragilidad»* y, en relación a esto de sus celos y de su fantasía de que entre ella y su marido *«hay una tercera en discordia»*.

*«(...) aunque la envidia del pene haya renunciado a su objeto genuino, no cesa de existir; pervive en el rasgo de carácter de los celos, con leve desplazamiento».* Freud, 1925) (7).

Sigue diciendo:

A.- Tuve un sueño que no logro olvidar... ¿Olvidar? Debí decir *«recordar»*... Tal vez quería olvidarlo; pero está ahí. Vengo desnuda por una calle y *no tengo vergüenza*. Miro para arriba y veo a T., el diputado, haciendo un discurso. Me tapo con una toalla, pero la parte de abajo, no los senos. Entro en una farmacia donde están una chica y el farmacéutico y digo: *«necesito ayuda, tengo que vestirme»*. La chica lo mira al farmacéutico y él dice: *«Yo salgo»*. Ella me hace pasar atrás y me veo poniéndome una bombacha. Mientras me vestía pensaba qué pasaría... o qué... en relación a mí, desnuda frente a esa mujer. Y pensé: *«acá está la homosexualidad»*. Es el temor constante. Por otro lado pensé por qué yo mostraba mis pechos ante esos hombres y gozaba exhibiéndome. Eran cosas contrapuestas, las del sueño. Yo: la *«femme fatale»* y la homosexual; por un lado una mujer conquistadora, segura, pero adentro, la homosexualidad. Y eso es lo que me hace ir para adelante y para atrás. Venía en el ómnibus y pensaba: *«¿por qué no me quiero? No soy tan fea, no estoy mal»*. Pensé que quererme así sería tan enfermo como querer un cuerpo de mujer.

T.- En el sueño usted tapa solo los genitales; ¿hay algo que no debe verse?

A.- (silencio)(ríe) De repente pensé que era que no tenía genitales. Por otro lado, era descubrir que tenía senos y genitales masculinos.

T.- ¿Que no tenía genitales?

A.- Que no tenía genitales masculinos. Parece que genitales solo se refiere a genitales masculinos y de otra manera no se tiene genitales.



*“De lombrices, cachorros y pollos con pene”*

*«El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto a la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, solo desempeña un papel un genital, el masculino. Por lo tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo».*  
(Freud, 1923) (5).

*“De lombrices, cachorros y pollos con pene”*

A.- Pensaba ahora cuando mi marido me dice «no compitas conmigo». Me da rabia. ¿Sabe lo que pienso ahora?: que le envidio el pene. Hoy de mañana, al despertar a mi hijo le digo: «Vamos! Levántese la lombricita de mamá!». Y ahora pienso si yo no creo que mi hijo es como mi pene.

T.- Eso suena a lectura, ¿no?

A.- Si, pero también lo hemos visto acá. ¿Se acuerda de aquel sueño donde veíamos qué podía ser el deseo de tener un hijo, de parir?

Ahora recordé lo del hijo varón. Cuando estaba embarazada sabía que era varón. En ningún momento quise una mujer y cuando nació dije: «¡Yo sabía que era varón!». Y todo eso: ser varón; tener un hijo... Ahora pensé que ud. repitió: «la lombricita» y pensé si yo no sentiré mis genitales como que en lugar de pene tengo una lombricita.

T.- ¿Será por eso que siempre se siente «por debajo»?

A.- Hjm... no valorarme.

*«El complejo de Edipo en la niña es mucho más unívoco que el del pequeño portador del pene; según mi experiencia es raro que vaya más allá de la sustitución de la madre y de la actitud femenina hacia el padre. La renuncia al pene no se soportará sin un intento de resarcimiento. La muchacha se desliza -a lo largo de la ecuación simbólica, diríamos- del pene al hijo; su complejo de Edipo culmina en el deseo alimentado por mucho tiempo, de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo. Se tiene la impresión de que el complejo de Edipo es abandonado después, poco a poco,*

*porque ese deseo no se cumple nunca. Ambos deseos, el de poseer un pene y el de tener un hijo, permanecen en lo inconsciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual.* (Freud, 1924) (6).

Un intenso, doloroso sentimiento de incompletud signa la personalidad de Ana, haciéndola narcisísticamente muy vulnerable. Me refiero aquí a un narcisismo eminentemente fálico, a un anhelo infantilmente omnipotente cuya permanente frustración en el cotejo con la realidad, determina frecuentes estados depresivos a los que subyace una rabia que no siempre se atreve a demostrar, debido a su excesiva dependencia del amor del otro.

El material que citaré a continuación es actual y pertenece al quinto año de tratamiento. Hemos hecho algunos avances, fundamentalmente en el sentido de una mayor espontaneidad. Tolera mejor su hostilidad, por ejemplo, lo cual ha determinado una flexibilización del superyó y, por ende, de los sentimientos de culpa. En el plano de las defensas se ha logrado, en cierta medida, disminuir las racionalizaciones y las intelectualizaciones.

El primer día de menstruación es un día de sufrimiento para Ana. Se queja de fuertes dolores abdominales, se deprime.

A. - La menstruación es algo que rechazo muchísimo. Mi primera menstruación la tuve estando de viaje con mi abuela. Me acuerdo de la depresión que me vino. No quería salir a pasear. Hasta ahí era medio animalito; la «*marimacho*». Me veo trepada a los árboles, corriendo siempre. Ahora pensé: «*¡Qué golpe la menstruación!*». Creo que es también no tener más hijos (su marido tiene un hijo de un matrimonio anterior y no desea otros). Pero es tener hijos en el sentido de estar embarazada, de retener. Pensé ahora: «*Una barriga llena de penes...*». Me acordé cuando mi madre me regaló una cadena de oro... la cadena... encadenada... la condena... de ser mujer? Yo siempre creí que mi madre me quería mucho, pero, ahora que pienso, ella quería un varón, tenía nombre y todo. Y nací yo...



*“De lombrices, cachorros y pollos con pene”*

En la sesión siguiente, Ana habla de la visita al ginecólogo para hacerse colocar nuevamente el dispositivo intra-uterino. Fue tan doloroso que se desmayó y esto la enfureció contra sí misma. El médico le aseguró que esto sucedía a menudo, pero Ana no tolera el haber *«flaqueado»*.

A.- Me sentí estúpida.

T.- ¿Por qué?

A.- Porque debo ser fuerte; no debo demostrar debilidad. No me gusta llorar delante de mi marido. Ahora recordé cuando tuve tifoidea. Creo que tenía 8 años. Me daban inyecciones, me pinchaban por todos lados... ¡Putra madre! Pensé: *«¿Por qué me hiciste mujer!»*. Quedé como cortada ahora.

*“De lombrices, cachorros y pollos con pene”*

T.- Como cortada frente al ginecólogo, con su vagina expuesta. ¿Será también por eso el dolor, el desmayo?

A.- Claro... ¡Qué dolor! Que dolor ése, que me desbordaba, que me hacía sentir así...

T.- ¿Una *«débil»* mujer?

A.- ¡Claro! Una mujer estúpida, histérica, que se desmaya. Venía para acá y pensaba: *«Me va a decir: ‘¿como le va?’ y le voy a decir: ‘¿Cómo quiere que me vaya si vengo a hablar de mí, de ser mujer?’*. ¡Qué bronca me da hablar de esto!...

Rabia, desplazada en mí, hacia la madre (la *«puta madre!»*), por haberla hecho mujer.

Ese día habla de algo que la inquieta: qué es desigualdad y qué es diferencia; cree que un problema suyo es sentirse siempre desvalorizada frente a los otros, desigual. Pero diferente es ser *«igual»* y al mismo tiempo *«distinto»*. Y luego:

A.- Voy a contar un sueño: me están cortando el pelo y está mi madre. Y dicen: *«¿así o un poco más? Mi madre está mirando... me mira. Está lejos y la persona que me corta el pelo es usted. Y Ud. decía: ‘hay que cortar las puntas para que venga más fuerte’*. Pensé que era Ud. por lo del lavado, antes me lavó con shampoo; la limpieza, ponerme a punto, algo como... renovado.

T.- Yo le corto el pelo.

A.- Pero yo disfrutaba de ese corte. Hoy me puse este buzo y esta pollera y pensaba: casi parezco Cristina con esta ropa, me voy a pintar también los labios. Ud. me sacaba las puntas malas para que el pelo viniera sano. Yo me sentía bien, porque, ¡claro!, primero pensé en la castración, pero me sentía bien! y pensé: ¿no será que ella me enseña a ser mujer?

Surgen muchas preguntas. En el sueño ella aparece en una posición pasiva: se deja hacer algo por otro (otra). ¿De qué corte se trata? ¿Un corte respecto a la madre, en el que aparezco yo en una función de padre? Ella me *imita*. No tiene por qué identificarse conmigo. ¿Es acaso el sueño una especie de regalo que me hace? ¿Qué quiere decir *ella* cuando habla de «castración»?

Interrogantes que preferimos dejar abiertos.

Como ya dije, no pretendí redactar un historial. Quise, únicamente, tomar aspectos del discurso de Ana que me parecen ilustrativos de los descubrimientos freudianos acerca de la sexualidad infantil y, en particular, de la sexualidad femenina.

Quisiera agregar una última cita de Freud:

*«(...) por lo demás, dejemos que nuestro infantil investigador conquiste tempranamente la experiencia de que todo saber es fragmentario y en cada uno de sus grados queda siempre un resto por solucionar». (Freud, 1909) (3).*

Estamos en el terreno de la castración; terreno arduo sobre el cual es fácil deslizarse desde lo simbólico a lo concreto. ¿Está castrada la mujer, como dice Freud, por no poseer un pene? ¿Le falta algo a la mujer? Sí. También le falta algo al hombre. Pero ese algo que les falta no es del orden de lo anatómico. El hombre también experimenta la angustia de castración. ¿Por qué? La respuesta freudiana sería: «*el hombre teme perder lo que tiene, su pene*». Es cierto. Pero, ¿no será más bien que, tanto para el hombre como para la mujer, el pene (lombriz o cachorro), representa algo que está más allá? ¿Ese algo que *falta* y que siempre va a faltar?



*“De lombrices, cachorros y pollos con pene”*

## Notas

1. Trabajo escrito para el seminario curricular sobre «Sexualidad infantil», coordinado por el Dr. Gonzalo Varela y la Psic. Graciela Montano.
2. Aun cuando no serán tomados luego, me pareció interesante subrayar estos significantes.
3. Nótese el triple registro de la representación: oral, anal y fálico.

## BIBLIOGRAFIA

- 1.- FREUD, S., Tres ensayos de teoría sexual, (1905), Freud, S., Obras Completas, Amorrortu Editores, Vol.VII, Buenos Aires, 1978.
- 2.- FREUD, S., Sobre las teorías sexuales infantiles, (1908), Freud, S., Obras Completas, Vol.IX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.
- 3.- FREUD, S., Análisis de la fobia de un niño de 5 años, (El pequeño Hans), (1909), Freud, S., Obras Completas, Vol.X, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.
- 4.- FREUD, S., Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, (1916-1917), Conferencia 20a., La vida sexual de los seres humanos, Freud, S., Obras Completas, Vol. XVI, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.
- 5.- FREUD, S., La organización genital infantil, (1923), Freud, S., Obras Completas, Vol. XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.
- 6.- FREUD, S., El sepultamiento del Complejo de Edipo, (1924), Freud, S., Obras Completas, Vol. XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.
- 7.- FREUD, S., Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de sexos, (1925), Freud, S., Obras Completas, Vol. XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.
- 8.- FREUD, S., Sobre la sexualidad femenina, (1931), FREUD, S., Obras Completas, Vol. XX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.
- 9.- FREUD, S., Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, Conferencia 35a.: La femineidad, (1932-33), FREUD, S., Obras Completas, Vol. XXII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.